

## NIEBLA

(Andrés Escapa, Pablo)

El escaparate de Belarmino Quirós -paraguas, bastones y sombreros de paño- era un raro espejismo en el que las horas hubieran afianzado su condición de meras ilusiones del tiempo pasajero para asumir un destino inmóvil. Aquella quietud de los objetos, acaso reforzada por la edad de los arcos de la plaza que amparaban el negocio y por la sonería sin memoria de las campanas vecinas de la catedral, le daban a la tienda de don Belarmino una consistencia utópica, de islote varado en alguna fecha que el viento hubiera arrancado del calendario para ir a perderla en un rincón de la historia del que ya no era posible regresar. La desorientación, para quien no conociera el escaparate detenido en un repertorio que llevaba años sin ceder a la más mínima mudanza, aún era mayor cuando se ponían los ojos en cierta esquina del espacio acotado por el cristal. Allí, desafiando estaciones y calendarios, surgía la conmoción de un paraguas invertido sobre el suelo, un paraguas invertido y abierto como se abre una mano dispuesta a recibir lo que quieran echarle. Y lo que acogía aquel cuenco de tela negra sobre la que don Belarmino había pegado unas estrellas doradas, no era otra cosa que la representación de un sagrado misterio: en una intemperie atravesada por un laberinto de varillas -lo cual bien podía hacer más lacerante el desamparo nocturno sugerido por la noche estrellada del paraguas-, una mula y un buey velaban sobre un pesebre vacío. En seguida se advertía la rareza del cuadro, que alentaba toda suerte de explicaciones desconcertadas entre quienes se paraban a observarlo desde el exterior. Porque se podía esperar que faltara el Niño cumpliendo con el escrúpulo de las tradiciones, que entre los más celosos de guardarlas mandan esperar por la llegada de una noche precisa de diciembre para dejar al hijo de Dios expuesto al mundo. Pero es que tampoco había virgen pendiente del milagro. Solitario frente a las pajas desnudas, la figura de san José parecía consolarse de ausencias en el abrazo de su cayada florida. Era como si la añoranza labrase cada voluta del palo y toda la pena del mundo hubiera ido a prenderse de aquel báculo que sostenía el cuerpo inclinado de un hombre sin consuelo. En las alturas, colgado del puño del paraguas, que sugería el remate de un mástil torcido y revelado por estrellas, volaba un ángel sin gloria que cantar bajo los pies.

Dentro de la tienda la penumbra imponía su reinado de aureolas difusas. Quienes conocían al dueño del negocio, veían en el precario nacimiento del escaparate una prolongación del ánimo declinante que invadía todo lo reunido en el interior, incluida la existencia de don Belarmino. Aquella imaginería triste era el símbolo de una condición desgraciada que se resistía a olvidar la fecha precisa de su origen: una Nochebuena, alejada ya en el recuerdo de casi todos, el cielo se había abierto no para dejar paso a la redención del mundo sino para llevarse por aquel mismo resquicio la vida de doña Nieves, que en su última sonrisa a don Belarmino, una mueca de infinita resignación, según la recordaba él, arrastró también la esperanza de dejarle como última compañía el fruto tan deseado de su vientre. El entierro dejó en no pocas memorias la imagen dolorosa del viudo a su regreso del cementerio, unos metros por delante de la comitiva, cargado de hombros mientras introducía la llave en la puerta del negocio, la cerraba tras de sí y reaparecía un momento después en el escaparate, descalzo entre los paraguas, los bastones y los sombreros, avanzando con tiento hasta alcanzar con las manos al Niño que tendía los brazos al aire, y a su madre, que se inclinaba solícita ante la llamada. En los ojos de cuantos se detuvieron a contemplar la maniobra, quedó prendido el temblor

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)

de la cortinilla que corrió don Belarmino para cerrar el fondo del escaparate y desaparecer de la vista. Más huérfano que nunca, allí quedó expuesto a todas las miradas el paraguas que unos días antes se había abierto lleno de promesa para sostener la ilusión de Belén y del mundo entero que quisiera pararse a contemplarlo al abrigo templado de los soportales.

Desde entonces, y era una veintena larga de años la medida del desconsuelo, la realidad no podía verse sino como un derrumbe renovado cada despertar, un progreso constante hacia honduras sin fin que los objetos parecían replicar: las campanas de la catedral eran un pozo vibrante que horadaba el aire para llenarlo de melancolías; los arcos de la plaza abrían portales hacia un mundo cada día más ajeno y el cristal del negocio, visto desde el mostrador, era una ventana que hacía más honda la soledad de quien miraba pasar la vida desde dentro. Pensaba don Belarmino que la muerte de su mujer ponía límite al gusto de soñar. Entregado a esa renuncia había ido cultivando una agonía esmerada que contagiaba su desaliento a la materia. Todo parecía irse desmayando alrededor de la figura encogida del viudo en su reino menguante. Apoyado sobre el mostrador, en una ensimismada espera cuyo fin no podía ser otro que el de la inutilidad de esperar, fueron palideciendo en torno suyo los cartones, apolillándose las telas, muriendo las bombillas, asentándose el polvo y desprendiéndose las estrellas de la noche figurada en el paraguas. Aquellos fulgores del

papel dorado, testigos de la ilusión con que su artífice los había ido pegando como quien pone luz sobre los caminos por donde ha de correr la felicidad, habían ido desprendiéndose de su bóveda para morir junto a las bestias inmóviles del portal o para apagarse entre los pies de san José. Y así, pasados los años, el suelo del paraguas había adquirido la rara condición de perdedero de los astros para quien quisiera reconocer derivaciones celestiales en la arquitectura expuesta y en el ánimo caduco de su creador.

Para la vida escasamente ambiciosa de la ciudad, replegada sobre sí misma, sumida en el recuento de las pérdidas que impone el tiempo sobre una historia erigida en el prestigio de lo rancio, la disipación del negocio de don Belarmino era otra prueba de que la historia avanzaba a la deriva, descuidada del respeto que se debe a la memoria del pasado. A la vista del escaparate moribundo, nunca resultó más dolorosa la leyenda que hacía honor a aquella institución desde que el padre del actual mantenedor, a poco de nacer el otro siglo, la esculpiera en forma de arco sobre la entrada: «Por encima de Quirós, solo el paraguas de Dios».

Pero bien está escrito que no hay hora prevista para el milagro ni atisbo de su anuncio hasta que empieza a suceder. Acaso pudiéramos cederle a la niebla el prestigio del signo, la seña que envió el cielo para negar el sol, que es de todos los accidentes concebidos en la altura el menos cordial con los prodigios. Porque un atardecer nacido para la luz, que quiso el calendario que fuera anuncio de la buena noche que ya temblaba sobre el horizonte, un aliento frío fue descolgándose de lo alto y poniéndole brumas a todo cuanto la vista quisiera rescatar. Quedaron mudos los pájaros y la ciudad sumida en un celaje hecho de silencio y de blancura. Si el reloj de la catedral dio alguna hora nadie hubo de escucharla, que aquel manto enviado por el cielo parecía una mordaza tendida para negar las horas y las casas, las torres y los bancos, los pasos y las voces brotadas para decir la buena voluntad. La ciudad dormía un sueño lento y confuso, a lo mejor no muy distinto al que se asienta sobre los rebaños fingidos del Belén.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)

Y entonces ocurrió lo que podría estar escrito en una página de las que dicta el misterio, con su caudal de aliento blanco y su provisión de caprichos ideados para redimir los corazones: de alguna habitación oculta de la niebla nació un llanto. Aquel gemido supo despejar una senda en medio de la nube que venía a morir ante la casa de don Belarmino. Con la mirada incrédula, veía él extenderse delante de su puerta un camino muy largo por cuyo fondo ya se anunciaba el origen de las penas. Un niño venía secándose los ojos. Avanzaba lloroso y de vez en cuando volvía la cabeza. Cada vez que lo hacía, redoblaba el llanto. A la altura del escalón que resuelve el encuentro del escaparate con el suelo, se sentó a prolongar su tristeza. Quieto allí, parecía la criatura más abandonada de este mundo. Lo reconoció entonces don Belarmino: era aquel niño que tantas veces le llenaba de babas el cristal del escaparate, ensimismado en su contemplación, mientras su madre se arrodillaba bajo la arcada más próxima y tendía la mano, agradecida de lo que le quisieran dar.

A lo mejor también estaba escrito que el muchacho se levantara para atisbar las honduras de la tienda. Y que su mirada fuera encontrarse con la de don Belarmino, apoyado en el mostrador. Y puestos a creer, poco cuesta dar por cierto que no habría niebla en aquel camino de los ojos que estorbara el viaje de dos almas necesitadas de encontrarse. Quién sabe qué gesto, después de tantos años de no hacer ninguno, produjo don Belarmino. El caso es que el niño sonrió. Y no hubo de pasar mucho rato para que siguiera con la cabeza el movimiento de quien, resuelto en la penumbra de la tienda, le indicaba con la mano que esperase allí sentado.

Cuando se abrió la puerta del reino de los paraguas, los bastones y los sombreros de paño, el chico aún tenía sobre la mejilla el recuerdo de una lágrima. Don Belarmino se agachó con dificultad hasta ponerse a la altura del pequeño. Y en esa posición arriesgada para quien tanto ha cultivado la seguridad de apoyarse siempre en algo, puso a la vista las manos que traía ocultas a la espalda.

Extendió el niño las suyas al tiempo de sorber un hilillo de mocos que quería correr sobre los labios. Al abrigo de la niebla que invadía los soportales parecían el viejo y el niño dos figuras dudosas, detenidas por el tiempo en un encuentro sin edad. Pero lo cierto es que las manos se movían, y brillaban los ojos y querían brotar las palabras para poner fiesta en aquel comercio que hacía cambiar de dueño una mula y un buey. Ya se incorporaba don Belarmino trabajosamente, temeroso de no hacerse con el gobierno recto de la espalda, mientras corría el niño con aquella humilde ganadería entre los dedos a perderse por la nube que lo había traído. Con las manos en los riñones, aún inseguro de que no le doliera nada, oyó don Belarmino la voz del niño gritando alegre el nombre de su madre, los pasos cada vez más apagados en la niebla.

Amaneció la ciudad sin las brumas que la habían distraído de su fábula de lágrimas para asentarla en el candor. Y volvió el sol a revelar las cosas como son. Pero viendo el aire ausente de los primeros paseantes que cruzaban la plaza, se diría que los corazones aún dormían. Era como si todo siguiera prendido del aliento que invadió las últimas luces de la víspera para traer en su avance al Salvador.

No fue hasta bien entrada la mañana, con la plaza bulliciosa y distraída, que empezaron los oficios de la niebla a revelar su sedimento. Alguien dio una voz y fueron acudiendo todos a la llamada, que se resolvía en un dedo tendido hacia el negocio de don Belarmino Quirós. Al fondo de la tienda estaba su dueño sentado, leyendo el periódico. Lo hacía con buena luz y las piernas estiradas, buscando el apoyo de los pies sobre un

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)

cajón a medio abrir. Pero pronto aquel pasmo del negocio abierto en Navidad que revelaba a su dueño en una postura insólita, dejó sitio para mayores maravillas. Siguiendo el rumbo de otro dedo que apuntaba ahora al escaparate, todas las curiosidades corrieron a reunirse en un rincón. Allí, donde se pedía mirar, resistía el paraguas de las estrellas derramadas. Pero en su centro ya no velaba san José. Todos lo veían ahora plácidamente tumbado, libre de otro estorbo que no fuera la vara. Y más que apoyo donde llorar ausencias, parecía el palo un camino sembrado de flores sobre el que echarse sin hora a descansar

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)